

LA VIDA Y LOS TIEMPOS DE SIMÓN B¹

Nacido en 1783, a medio camino entre la Declaración de Independencia estadounidense y el estallido de la Revolución francesa, la vida y las ideas de Simón Bolívar llevaron la impronta –aunque de manera asimétrica– de ambos acontecimientos. Si los británicos pudieron ser expulsados de América del Norte por un pueblo perteneciente a su misma raza y religión, ¿por qué no los españoles en el Sur? Los trescientos años de gobierno colonial que habían sucedido a la caída de México en 1521 eran más que suficientes. Y si las ideas de la Ilustración francesa habían tendido los cimientos de la Revolución francesa, ¿no podrían servir también a la misma finalidad en la América española? En sus viajes a través de Europa durante los primeros años del siglo XIX, Bolívar compararía la decadencia y el letargo de la corte de Madrid con el fermento del París revolucionario, si bien en vísperas de la coronación de Napoleón. Hasta la derrota final del emperador y la llegada de la Restauración, París continuaría siendo cualitativamente superior a Madrid y cuantitativamente superior a Filadelfia. Y, por supuesto, siempre estaba el ladino y oportunista Londres, que no podía ser ignorado. A pesar de haber perdido sus colonias americanas, seguía siendo el centro de un imperio poderoso y creciente, y su dominio de los mares era por aquel entonces incuestionable. Esta razón bastaba por sí sola para que tuviera que ser ganado para la causa de la independencia sudamericana y tuviera que hacerse recordar sus propios intereses imperiales en el continente.

De entre todos los líderes revolucionarios que sedujeron a Europa y a las Américas durante los siglos XVIII y XIX, la meta política de Bolívar fue la más audaz. En su condición de republicano, quería nada menos que la liberación y la unificación de todo el continente hispanohablante. A este fin habría de dedicar todas sus energías, y no toleró al respecto ninguna discrepancia. San Martín, O'Higgins y Sucre fueron sin duda brillantes generales, pero Bolívar les aventajaba con creces en su capacidad para pensar estratégicamente. La experiencia le enseñó que bastaba con que se permitiera la presencia de una única base española para que existiera siempre un punto focal para la contrarrevolución. Durante quince años

¹ John LYNCH, *Simón Bolívar. A Life*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2006.

comandó una resistencia épica contra el Imperio español, conduciendo una sucesión de largas marchas a través de los Andes sin parangón en la historia del anticolonialismo y logrando, por fin, en 1825, expulsar a los virreyes y a los capitanes generales del ejército español. Sin embargo, a pesar de que el movimiento de liberación controlara en aquellos momentos una región cinco veces mayor que la de Europa, la unidad del continente siguió siendo esquivada. Tanto la idea como su autor habían sucumbido ante la muerte. En 1830, mientras yacía moribundo a causa de la tisis en una remota hacienda de Santa Marta, en la costa caribeña de la actual Colombia, rodeado únicamente por un pequeño grupo de leales amigos y muy lejos de las ciudades que había liberado, Bolívar comparó su lucha por la unidad de la América española con un «arar en el mar». Era necesario, repetía, empezar otra vez desde el principio.

A pesar de su extraordinaria hazaña, se han escrito pocas biografías de Bolívar. La izquierda ortodoxa, tanto en América como en otras partes del globo, tendió a evitar el tema de Bolívar, tomando las ignorantes observaciones de Marx acerca de su figura como una verdad absoluta. Esta actitud dejó el terreno completamente despejado, pero hasta la fecha ningún historiador anglófono había acometido el intento de elaborar una historia de su vida. En este sentido, su coetáneo Toussaint L'Overture, apenas un poco mayor que él, fue más afortunado. C. L. R. James, el historiador trinitense que inmortalizó la vida de Toussaint en su libro de 1938 titulado *Los jacobinos negros*², poseía un conocimiento inestimable del flujo y el reflujo de la marea revolucionaria. La magnífica y erudita nueva biografía del *Libertador* escrita por John Lynch, la primera en aparecer desde hace cincuenta años, hace un uso excelente de la reciente labor archivística y resulta particularmente ilustrativa respecto a la tormentosa cuestión de la raza. En este sentido, el trabajo de Lynch supera el de los dos biógrafos anteriores más distinguidos de Bolívar, cuyas obras se encuentran disponibles en inglés, Emil Ludwing y Gerhard Masur. Ambos autores alemanes habían huido del Tercer Reich –el primero a Suiza y el segundo a Colombia–, pero siguieron considerando que la civilización europea era innatamente superior a los nativos colonizados. Cada uno de los sucesivos biógrafos de Bolívar se ha sentido obligado a poner en evidencia a su predecesor. Masur se refiere a Ludwing como carente de «autenticidad y de profundidad»; Lynch escribe con más amabilidad sobre el trabajo de Masur que «deja entrever su edad». Por otro lado, la biografía de Lynch también refleja el espíritu –más conformista– de su época. Pero las tres obras, leídas juntamente, ofrecen un retrato cautivador de su objeto de estudio, en el que la debilidad de cada uno sirve para realzar la fuerza de las restantes.

El ascenso, el declive y la caída de Bolívar es una épica de dimensiones schillerianas en la que se entrecruzan la política, las pasiones, las guerras,

² C. L. R. JAMES, *Los jacobinos negros. Toussaint L'Overture y la revolución de Haití* [1938], Madrid, Turner, 2003.

los triunfos y las traiciones. Carlyle comparó a Bolívar con Ulises, que necesitó a un Homero para hacerle justicia. Gabriel García Márquez es lo más próximo con lo que hemos contado para dar cumplimiento a este dictamen. El trabajo de los biógrafos, aun tomado de manera colectiva, halla un formidable rival en la fascinante novela histórica de García Márquez titulada *El general en su laberinto*³, una obra de ficción que contiene una abundancia tal de detalles reales y de originales revelaciones psicológicas sobre el protagonista que debe de ser la envidia de todo biógrafo.

La popular biografía de Emil Ludwig formaba parte de su colección sobre las vidas de grandes hombres, distinguida por sus revelaciones psicoanalíticas y por su aproximación histórica y cultural comparada. Sartre escribió en sus *Diarios de guerra* acerca de lo valioso que había encontrado el psicorretrato de Wilhelm II escrito por Ludwig, a pesar de no compartir todas sus afirmaciones. *Bolívar. The Life Of An Idealist*⁴ (1942) es una fiel muestra de su estilo. Además, su anterior trabajo sobre Napoleón le permitió realizar un análisis comparativo entre el *Libertador* y el emperador, con el que obtuvo un resultado sagaz y certero:

Si Napoleón hubiera trabajado alguna vez en pro de los Estados Unidos de Europa, algo que mencionaba de vez en cuando, tan apasionadamente como Bolívar trabajó por el Estado Unido de Colombia y, más allá de ello, por Panamélica, no cabe duda de que hubiera conseguido materializar esta idea, aunque sólo hubiera sido por un periodo determinado de tiempo, y probablemente a la par que Bolívar alcanzaba el primero de sus objetivos. Sin embargo, Napoleón sólo podía imaginar Europa bajo la hegemonía de Francia, mientras que Bolívar no quería ver ni a Venezuela al frente de Colombia ni a Colombia al frente de Panamélica. Estas diferentes concepciones del poder y de la libertad llevaron a uno a conquistar y al otro a liberar.

Gerhard Masur, por su parte, era historiador y académico, y había impartido clases durante cinco años en la Universidad de Humbolt antes de abandonar su país en 1935 para refugiarse en las Américas. Posteriormente, asumió el cargo de consejero del ministro de Educación de Colombia y fue mientras ocupaba este cargo cuando comenzó a recabar todo el material de la investigación que culminó en 1948 con su magistral obra *Simón Bolívar*⁵. La fuerza narrativa de Masur es francamente superior a la de sus rivales, y consigue recrear las crisis políticas, militares y personales que afrontó Bolívar en una prosa conmovedora. El *Libertador* es, para él, un héroe trágico. Líder de un extraordinario talento, Bolívar fue capaz de experimentar pequeñas envidias, de cometer graves errores políticos y de acusar una notable «ceguera ante los factores económicos de la vida»; pero, como visionario político, estaba muy adelantado a su tiempo:

³ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *El general en su laberinto*, Madrid, Mondadori, 1989.

⁴ Emil LUDWIG, *Bolívar. The Life Of An Idealist*, Nueva York, Alliance Book Corporation, 1942.

⁵ Gerhard MASUR, *Simón Bolívar*, México, Grijalbo, 1960.

El siglo de Bolívar pensaba en términos de nación y de nacionalidades, pero Bolívar no creía que la idea de nación fuera la última etapa del desarrollo histórico. Él pensaba en continentes; y aunque según la cronología externa pertenece al siglo XIX, según su cronología interna es un ciudadano del XX [...]. Un siglo después de su muerte, el mundo comenzó a comprender que él había sido el paladín de la cooperación y de la solidaridad panamericana.

Simón Bolívar. A Life, de John Lynch, se basa en un trabajo anterior del autor, el monumental libro *Spanish-American Revolutions, 1808-1826*, y se centra en gran medida en la política de aquel periodo. Se trata de una investigación anotada de manera impecable, y básicamente ecuánime, pero también fría y desapasionada la mayoría de las veces, como corresponde a un historiador de la vieja escuela. En esto podemos apreciar las huellas de la política de Burke, nuevamente de moda, pero no su tono, con la salvedad de la última página del libro. A lo largo de sus páginas subyacen viejos prejuicios: la Revolución americana es buena; la Revolución francesa, mala; y, como no es demasiado difícil de deducir de lo anterior, la Revolución rusa es absolutamente incalificable. En definitiva, Lynch prefiere ver a Bolívar a través de los anteojos de (George) Washington en lugar de con las lentes de los jacobinos o siquiera de Napoleón, si bien reconoce que sobre la cuestión crucial de la esclavitud los venezolanos estaban políticamente más avanzados que Washington o Jefferson. Sin embargo, en general, tiende a hacer demasiado énfasis en la adición de Bolívar al vicio anglosajón —el pragmatismo—, mientras que minimiza la influencia de la Ilustración.

Los hechos de la vida de Bolívar son bien conocidos. Fue un escritor de cartas excepcional y dejó tras de sí volúmenes de cartas, diarios y declaraciones. Uno de sus edecanes, Daniel Florencio O'Leary, fue recogiendo los acontecimientos de cada día y más tarde ordenó y plasmó toda aquella información en una obra de 34 tomos sobre la vida y las campañas en las que participó Bolívar, una carta de navegación que, a pesar de los pasajes contradictorios, sigue siendo de lectura esencial para todos sus biógrafos. Ludwig, Masur y Lynch ofrecen diversas interpretaciones de las circunstancias que llevaron a la radicalización de un joven nacido en el seno de una familia privilegiada de Caracas y que podría haber pasado su vida sin preocuparse de lo que ocurría en el mundo. La descripción de Masur de las vidas vacías que llevaban los miembros de la aristocracia criolla, inmunes durante doscientos años a guerras y a revoluciones, conserva toda su fuerza:

El lujo, el derroche, la indolencia y el placer caracterizaban la vida de la clase alta blanca [...]. Llevaban la ignominiosa vida de los zánganos, rodeados de huestes de esclavos, aislados de todo contacto con el resto del mundo, en un ambiente en el que lo banal era lo atractivo. Lo sorprendente no son estos hechos, sino que estas personas no degeneraran aún más de lo que lo hicieron.

¿Cómo hizo el joven Bolívar, que pertenecía a una de las familias propietarias de esclavos más ricas de Venezuela, para desvincularse de este entorno

atrofiado y corrupto? Huérfano a temprana edad –tenía tres años cuando perdió a su padre y nueve cuando falleció su madre– y con tres hermanas mayores, fue encomendado al cuidado de un tío al que aborrecía. Bajo su tutela, Bolívar a menudo era abandonado a su libre albedrío y a sus fantasías, hasta que en 1793 el tutor decidió que el muchacho necesitaba recibir una educación y fue enviado a la Escuela Pública de Caracas. Bolívar también detestaba este lugar y pronto escapó a la casa de una de sus hermanas mayores. Finalmente, se convino que viviera por un tiempo con su profesor, Simón Rodríguez. Lynch no oculta su desagrado hacia el «excéntrico» Rodríguez, un gran entusiasta de la Revolución francesa, así como un ferviente anticlerical, revolucionario y defensor del amor libre que en una ocasión llegó a escribir a un amigo: «Por favor, devuelva pronto a mi esposa, la necesito para lo mismo que usted». En 1797, Rodríguez habría de huir de Venezuela después de desvelarse una conspiración para desatar una insurrección, cambiando su nombre por el de *Robinson* (en recuerdo del héroe de la novela de Defoe) y errando como un vagabundo por toda Europa.

Lynch minusvalora de manera grave su influencia sobre el joven: «Con frecuencia se asume que el profesor más influyente en Simón Bolívar fue Simón Rodríguez, pero, independientemente de su posterior relación, en Caracas apenas mantuvieron una corta relación, y la oposición del muchacho a la autoridad, manifestada en 1795, al parecer estaba dirigida tanto contra su profesor Rodríguez como contra su tío». Sin embargo, la mayor parte de las evidencias apunta en una dirección opuesta. En 1799, cuando el joven Bolívar embarcó para emprender su primer viaje a Europa, se vio obligado a interrumpir dicho viaje en México debido a que en ese momento los británicos se encontraban asediando La Habana. Una vez en la ciudad, fue invitado a una reunión con el virrey español y, creyendo que podría impresionar al español con sus conocimientos sobre el mundo, comenzó a enumerar los méritos de la Revolución francesa. La audiencia no tardó en sacar conclusiones. Si hubiera estado distanciado de Rodríguez, ¿por qué iba Bolívar, en su segunda estancia en Europa entre 1804 y 1805, a haber acudido a él como compañero intelectual en una visita a Roma? ¿Y, todavía después, imponer su compañía a Sucre en Bolivia? Igualmente, Masur, delatando su luteranismo, encuentra los hábitos personales de Rodríguez de mal gusto («fue mujeriego, cínico, insolente, inconstante y amanerado»), pero al menos reconoce que «fue la persona que más influencia ejerció sobre Bolívar y debe ser considerado como su auténtico preceptor». Sin duda, Ludwig le prodiga mucha más simpatía en su análisis:

Cuando Rodríguez nació en Caracas, doce años antes que Bolívar, no hubo marqueses ni gerifaltes que rodearan su cuna; su infancia corriente, con estrecheces económicas, le abrió los ojos con mucha nitidez a la desigualdad entre clases y razas existente en su país. Tempranamente huérfano, al igual que su futuro pupilo, se escapó a los catorce años y se embarcó en un barco con destino hacia Europa, donde recorrió a pie España, Francia y Alemania «porque», decía, «yo no seré como los árboles, siempre enraizados a un mismo lugar, sino como el viento o el agua, en permanente cambio».

En Francia, el joven Rodríguez había descubierto las obras de Holbach y de Rousseau, y se convertiría en un inquebrantable defensor de estos autores por el resto de su vida. En Bolívar, joven inteligente y sin prejuicios, había encontrado su Emilio, y llenó la cabeza del muchacho con una combinación de filosofía francesa y de relatos heroicos de luchas y de resistencia. Le habló de la reciente rebelión de Túpac Amaru en Perú, de cómo había cogido por sorpresa al imperio, de cómo había sido traicionado desde dentro de sus filas y de los castigos que fueron infligidos: el derrotado líder inca había sido torturado y asesinado públicamente por los soldados del rey español mientras la aristocracia criolla miraba desde sus carruajes. Todo aquello dejó su huella en Bolívar. Con el tiempo, él también se convirtió en un entusiasta de Rousseau, y en una carta dirigida a su viejo tutor podemos leer: «He recorrido el camino que me has mostrado [...]. Educaste mi corazón para la libertad, la justicia, la grandeza y la belleza». Años más tarde, un enviado británico ante Bolívar, bastante al corriente de la amplitud de miras del general, le llevó como regalo una minúscula porción del botín de guerra posterior a Waterloo, consistente en una copia de *El contrato social* perteneciente a Napoleón. Los británicos, ciertamente, no se hacían ilusiones sobre dónde residían las auténticas simpatías del general. Rodríguez también había infundido en el joven un ateísmo imperecedero. La religión, aunque no se vería directamente desafiada en sus luchas futuras, no desempeñó ningún papel en el carácter de Bolívar.

Cuando en 1799 el joven Simón Bolívar, de 16 años y ataviado con el atuendo reglamentario de un aristócrata criollo, puso su pie por primera vez en Madrid, se encontró con la calurosa acogida de la alta sociedad, el hechizo de la corte y un recibimiento a lo grande por parte de sus parientes. Asimismo, en España se le reservó la más alta educación, de la que se hizo cargo el marqués de Uztáriz, un cultivado oficial español nacido en Venezuela. Pero el joven comprendió enseguida, ayudado por un desagradable encuentro con algunos oficiales, que en este país un criollo de las colonias, por pálida que tuviese la piel (que no era el caso en Bolívar), nunca sería tratado como un igual. La *limpieza*⁶ de sangre, la sangre pura, se había convertido en una obsesión en la Península después de la Reconquista. No obstante, la idea de sumarse o de fomentar una rebelión contra el gobierno español en las Américas todavía no había cruzado por su mente. En su subconsciente anidaban al acecho las lecciones que Rodríguez le había enseñado; pero, por ejemplo, no sabía que en 1783, poco después de la Declaración de Independencia de Estados Unidos y de su propia llegada al mundo, un destacado cortesano español, el conde de Aranda, había enviado un memorándum increíblemente profético a su monarca, en el que se apreciaba mucha más clarividencia que en los escritos de los *philosophes* franceses, pocos de los cuales pensaron en términos políticos sobre las colonias. Aranda prevenía a Carlos III frente a la locura de intentar conservar las colonias mediante la fuerza, propo-

⁶ En castellano en el original [*N. de la T.*].

niendo la constitución de un gobierno doméstico y prediciendo el ascenso de Estados Unidos:

Las grandes posesiones no pueden conservarse por siempre. La situación actual se torna más difícil a causa de la enorme distancia, que obstaculiza el envío de ayuda, la lentitud de las autoridades y el egoísmo del gobierno [...]. Esa república pigmea [Estados Unidos], que hoy necesita de Francia y de España para su misma existencia, crecerá hasta que llegue el día en que se habrá convertido en un coloso y entonces olvidará todas las ventajas que le han brindado ambas potencias y su única ambición será acumular poder. La libertad de conciencia, el crecimiento de una amplia población en un vasto territorio y las ventajas del nuevo gobierno arrastrarán a los obreros y a los campesinos de todos los países, a los hombres que van en busca del progreso, y llegará un tiempo en el que dolorosamente sentiremos en carne propia la tiranía del gigante. En ese momento intentará que Florida y el golfo de México caigan bajo su dominio, pondrá trabas a nuestro comercio con Nueva España y empleará todas sus energías para conquistarla, puesto que ambos son países fuertes y vecinos, mientras que nosotros a duras penas seremos capaces de defenderla. Estas aprehensiones, Majestad, están más que fundadas, a menos que a su realización se anticipen otros cambios aún más graves en nuestros territorios en América. Todo se combinará para urgir a nuestros súbditos a luchar por su independencia a la primera oportunidad.

Deberíamos, por lo tanto, abandonar todas nuestras posesiones, reteniendo únicamente Cuba y Puerto Rico en el norte y una pequeña área en el sur para dotarnos de puertos para nuestro comercio. En aras a llevar a cabo esta gran idea de una manera conveniente a los intereses de España, debería nombrarse a los tres infantes reyes de México, Perú y Costa Ferma, recibiendo Su Majestad el título de emperador. Deberían establecerse condiciones comerciales en términos de una perfecta igualdad. Las cuatro naciones deberían sentirse unidas por una alianza, ofensiva y defensiva, para su bienestar común. En tanto que nuestra industria es incapaz de satisfacer todas las necesidades de América, será Francia quien deba enviarlas; Inglaterra, por su parte, debe quedar rigurosamente excluida.

Carlos III ignoró a Aranda, tomándole por un pesimista incorregible. Su sucesor, Carlos IV, inmerso en los placeres de la caza, así como la reina consorte, que ejercía el poder efectivo desde su cámara con un séquito de notables entrando y saliendo de su lecho endoselado, tampoco estuvieron muy interesados en prestar atención a esas opiniones. A la caída del siglo, cuando Bolívar llegó a su madre patria, la corte y la sociedad estaban todavía más estancadas. Sin embargo, él se desentendió de las realidades de aquella España distrayéndose con su amor hacia María Teresa Rodríguez del Toro, una hermosa joven perteneciente a una familia hispano-venezolana de clase alta con propiedades en el País Vasco. En 1802, en una breve visita a Francia quedó impresionado por Bonaparte y nuevamente cayó enamorado, pero esta vez del París posrevolucionario. Regresó a Madrid, se casó con María Teresa y volvió a embarcarse para re-

gresar a su hacienda en Venezuela con la determinación de hacer ascender a su familia y de aumentar sus propiedades. Seis meses después, su esposa había muerto a causa de la fiebre. Una vez más, Bolívar, consternado, se encontraba solo. Nunca volvería a casarse, y en los años que siguieron buscó el consuelo en una larga lista de mujeres. Sólo una de ellas, la *quiteña* Manuela Sáenz (esposa de un inglés, el doctor Thorne), sería su amante, confidente, compañera del alma y aliada política durante el resto de su vida, aunque alguna vez soliviantara sus nervios. Años más tarde, después de la independencia, cuando nuevamente corrían malos tiempos para Bolívar, él le confió sus archivos, que ella guardó hasta que pudieron ser transferidos de manera segura a Jamaica, donde Daniel O'Leary trabajaba sin tregua en su historia del *Libertador*.

Bolívar abandonó Venezuela después de la muerte de su esposa, visitando Francia e Italia entre 1804 y 1806. A su regreso a Europa, iba a recibir un nuevo golpe. Mientras estaba en París presencié cómo las masas celebraban la coronación de Napoleón. Bolívar sintió un malestar y un desconcierto profundos. La república había sido traicionada desde dentro y, durante el resto de su vida, la figura de Napoleón le perseguiría como una obsesión. A pesar de los cáusticos comentarios de Rodríguez, Bolívar seguía admirando el genio militar del corso y cuando, décadas más tarde, un sobrino de Bonaparte llegó a Sudamérica para luchar junto él, el *Libertador* no cupo en sí de gozo. Asimismo, en este viaje a París sería en el que se produjo su encuentro con el explorador Alexander von Humboldt, que acababa de regresar de las Américas. Tras escuchar maravillado al alemán mientras éste describía la belleza del continente, la mirada de Bolívar se tornó pensativa cuando Humboldt se preguntó si una minoría española podría retener indefinidamente sus colonias; pero tampoco él, como la mayoría de los pensadores ilustrados (Tom Paine fue una excepción), podía concebir la independencia total de los pueblos sometidos. El encuentro con Humboldt causó una gran impresión en Bolívar y le empujó por primera vez a pensar seriamente en la posibilidad de desprenderse de España. Una vez que llegó a esta conclusión, tal como Lynch demuestra sólidamente, Bolívar jamás transigiría con esta idea, a diferencia de otros miembros de su misma clase. Él quería la plena soberanía. Ya era demasiado tarde para la solución de Aranda y, como el propio Humboldt comprendería más tarde, era estúpido creer que lo que uno ve es todo lo que existe:

Durante mi estancia en América, nunca hallé descontento, pues me parecía que, aunque no se sentía un gran amor hacia España, había al menos una atmósfera de conformidad con el régimen establecido. Fue únicamente más tarde, después de que la lucha hubiera comenzado, cuando comprendí que la verdad había quedado oculta ante mis ojos y que, lejos de sentirse amor, lo que existía era un arraigado odio.

El gobierno español había creado unas marcadas divisiones basadas en la raza y en la clase. En esta cuestión, el libro de Lynch representa un indiscu-

tible avance respecto a los trabajos de sus predecesores. En él se analizan sin ningún atisbo de demagogia las contradicciones existentes dentro del movimiento de liberación en torno a la cuestión de la raza y su legado en la Sudamérica poscolonial. Al final de la era colonial, Venezuela estaba dominada por un reducido número de españoles y de miembros de la elite criolla –que representaban menos del 0,5 por 100 del total de una población de 800.000 personas, de acuerdo con Lynch– que dirigía la administración colonial a la vez que era propietaria de las fincas de ganado y de las plantaciones del interior del país. Los criollos más pobres, que trabajaban como artesanos y se dedicaban al pequeño comercio, sumaban alrededor de una cuarta parte de los venezolanos. Los *pardos*⁷ –una categoría que agrupaba a negros libres, mulatos, *mestizos*⁸ y *zambos*⁹, descendientes de madre negra y de padre indígena o viceversa– suponían la mitad de la población; y los negros esclavos que trabajaban en los campos de cacao, de tabaco, de algodón y de índigo representaban una décima parte del total. A pesar de que la elite se sentía incómoda con los impuestos que debían ser pagados a Madrid, así como con la presencia de los oficiales coloniales, recelaba de la independencia ante el miedo de que pudiera animar a la mayoría de la población, integrada por los *pardos*, a reivindicar sus derechos. Fueron necesarias la invasión de España por Napoleón en 1808 y la subsiguiente crisis en la Península para convencer a los criollos de que apoyaran la causa de la independencia, que finalmente fue declarada en 1811.

Bolívar desempeñó un papel destacado en estos acontecimientos. Pero no fue el primero en asumir la causa de la liberación, sino que tuvo un precursor en la destacada figura, si bien un tanto excéntrica, de Francisco de Miranda, otro venezolano. Las relaciones entre ambos hombres nunca fueron fáciles, pero ninguno se molestó en allanarlas. Al final, esta fricción conduciría al episodio más indigno de la vida de Bolívar. La declaración de independencia de 1811 en Caracas provocó una violenta reacción de los monárquicos en las provincias. En 1812, enfurecido ante la propuesta de Miranda de alcanzar un alto el fuego, Bolívar se unió a otros hombres para arrestar a su comandante en jefe, que posteriormente sería entregado al enemigo. Bolívar huyó a la vecina Nueva Granada mientras Miranda pasaba los restantes cuatro años de su vida pudiéndose en una celda antes de acabar sus días en una prisión de Cádiz. El joven rival cosecharía el prestigio y la ansiada gloria como el líder que expulsó por fin a los españoles del continente del que se habían apropiado.

Bolívar se había convertido en jefe militar por una cuestión de necesidad política. En palabras de García Márquez: «No tenía una formación académica siquiera comparable con la de cualquiera de sus oficiales, que en su mayoría fueron formados en las mejores escuelas militares, pero era ca-

⁷ En castellano en el original [N. de la T.].

⁸ En castellano en el original [N. de la T.].

⁹ En castellano en el original [N. de la T.].

paz de concebir una situación completa hasta en sus últimos detalles». Un logro nada desdeñable cuando se trata de liberar a todo un continente. Además, se añadía la difícil geografía que hallaba a su paso, pero de la que también disfrutó a pesar de las penalidades, como se pone de manifiesto en un discurso lleno de lirismo –una especie de ruta de viajes de liberación política– que dirigió a los ciudadanos de Caracas en 1813, con ocasión de su segundo intento de acabar con el dominio español:

[Han llegado] vuestros libertadores, y desde las márgenes del caudaloso Magdalena, hasta los floridos valles del Aragua y recintos de esta ilustre capital, victoriosos, han surcado los ríos del Zulia, del Táchira, del Boconó, del Masparro, la Portuguesa, el Morador y Acarigua, transitando los helados páramos de Mucuchíes, Boconó y Niquitao, atravesando los desiertos y montañas de Ocaña, Mérida y Trujillo, triunfando siete veces en las campales batallas de Cúcuta, la Grita, Betijoque, Carache, Niquitao, Barquisimeto y Tinaquillo, donde han quedado vencidos cinco ejércitos, que en número de diez mil hombres devastaban las hermosas provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas.

En los años que siguieron, a medida que la lucha por la liberación iba extendiéndose a todo el continente, esta lista de lugares no dejaría de crecer. La Segunda República de Venezuela, al igual que su predecesora, fue aplastada por las fuerzas realistas en 1814 y, el año siguiente, España volvía a controlar Nueva Granada, obligando a Bolívar a huir a Jamaica y posteriormente a la liberada Haití, donde Pétion le suministró fusiles, munición, provisiones y fondos. En el año 1817, regresó a América del Sur para combatir contra los españoles esta vez en los *llanos*, las grandes llanuras de la parte central de Venezuela, donde se libró una inconclusiva guerra de guerrillas. En un giro táctico hacia la liberación de Nueva Granada, Bolívar cruzó Los Andes en 1819 y derrotó a los españoles en Boyacá. A finales de ese mismo año, se fundó Colombia y en 1821 fue liberada Venezuela; Ecuador les seguiría poco después y los tres Estados se unieron para formar la república de la Gran Colombia, de la que Bolívar fue inmediatamente nombrado presidente. Pero él no podía descansar hasta que no se hubiera expulsado a los españoles de todo el continente. Acompañado de Sucre, se dirigió a Perú y tomó Lima en 1824 antes de infligir una decisiva derrota a España en Ayacucho. En 1825, Bolívar ascendió hasta Potosí, en la parte más alta de Perú, y vio con sus propios ojos las minas de plata que durante casi trescientos años habían sido *de facto* las arcas del reino de España. En apenas unos meses, esta parte de Perú había sido rebautizada en su honor con el nombre de Bolivia.

«La liberación era una empresa envolvente», escribe Lynch. Una conquista sucedía a otra y siempre aparecía ante los ojos un objetivo más lejano:

No obstante, había un límite a las fronteras de la liberación, un fin de los ejércitos enemigos. La última victoria frenó la posterior ofensiva, y cuando los libertadores se detuvieron y tornaron la vista a su alrededor ya no vieron españoles, sino americanos. El escenario de la liberación se transformó en el de la reconstrucción.

El logro de la independencia trajo consigo una nueva batería de problemas. La unidad andina se desmenuzaba a medida que los *caudillos*¹⁰ locales se afanaban por defender sus derechos adquiridos en las provincias. En 1825 pudo abortarse a tiempo un intento de asesinar a Bolívar en Bogotá, pero la oposición y la irritabilidad iban en aumento. En 1830, Sucre era asesinado y la Gran Colombia se deshacía en sus partes constitutivas. Durante la guerra contra España, Bolívar había sido implacable a la hora de castigar a los oficiales desobedientes. Dos de ellos, Piar y Padilla, habían sido juzgados y ejecutados. Ambos mulatos habían planteado cuestiones raciales que Bolívar consideró divisivas. Sin embargo, tras la independencia, se mostró más flexible y permitió el exilio del general criollo Santander, a pesar de su implicación en la conspiración para asesinarle en Bogotá. Otro general *mestizo* llamado Páez, que no sabía leer ni escribir, fue estúpidamente designado para asumir el control de Venezuela porque Bolívar le creía un aliado contra Santander. Páez prohibió el regreso de Bolívar al país, que administraba como un feudo propio mientras acumulaba una vasta fortuna personal que incluía propiedades trabajadas por mano de obra esclava, a pesar de la abolición formal de la esclavitud.

La revolución haitiana había aterrorizado a toda la población blanca y se respiraba, especialmente entre los criollos, un clima de gran nerviosismo que explicaba en parte el rechazo de muchos de ellos a unirse a la lucha de los ejércitos de Bolívar, en cuyas filas había *pardos*, *zambos* y mulatos, además de criollos pobres. Al menos una cuarta parte de sus soldados era esclava o ex esclava. Bolívar sabía perfectamente cuánto le debía a Haití. A cambio de la ayuda financiera y militar que Pétion le había prestado, prometió abolir la esclavitud, y en fiel cumplimiento de aquella promesa emitió una serie de decretos en tal sentido. Respecto a Haití, prefirió enviar un saludo desde lejos; y cuando en 1826 se convocó el fallido, pero bien intencionado, Congreso de las Américas en Panamá, Haití no se encontró entre los países invitados a asistir. ¿Cuál fue la suerte de la población indígena? Les fueron otorgados los mismos derechos que al resto de la población, pero, tal como recoge Lynch, en la práctica no les fueron respetados. Las comunas rurales formadas por ex esclavos y por indios fueron desmanteladas por las autoridades republicanas, dejando tras de sí rencores —fruto de la discriminación racial, social, económica y política— que todavía existen actualmente. Así pues, tal como se ha señalado, el análisis de Lynch de estas contradicciones resulta especialmente útil.

Los últimos días de Bolívar han sido reconstruidos de manera brillante por García Márquez. Murió enojado y lleno de amargura, pero dispuesto a luchar una vez más por la unidad del continente. Hasta sus últimas horas estuvo preparando fantásticos planes para derribar a Páez y recuperar Bogotá, pero el asesinato de Sucre le había dejado sin un obvio heredero

¹⁰ En castellano en el original [*N. de la T.*].

político. En los días previos a su muerte, su médico no dejó de leerle las últimas noticias que llegaban desde Francia. Durante las jornadas de julio de 1830, mientras París se llenaba de barricadas, las multitudes que marchaban sobre el Hôtel de Ville entonaban una nueva canción que incluía el siguiente verso:

América aliéntanos,
Mira hacia nosotros desde lo lejos.
Su mecha de repúblicas
Fue encendida por Bolívar.

Aunque por el momento no gozara de popularidad en su hogar, su gloria había cruzado los mares. ¿Qué fue de sus amigos? Santander expulsó a Manuela Sáenz de Bogotá, quien pasaría los siguientes diez años de su vida en Paita, un pequeño y mísero puerto situado en Perú, vendiendo dulces, medicinas y consejos a los enamorados en la plaza del mercado. «Tres visitas memorables», escribe García Márquez, «la consolaron en su abandono: la del maestro Simón Rodríguez, con quien compartió las cenizas de la gloria; la de Giuseppe Garibaldi, el patriota italiano que regresaba de luchar contra la dictadura de Rosas en Argentina; y la del novelista Herman Melville, que andaba por las aguas del mundo documentándose para *Moby Dick*.

Una década después de su muerte, el nombre de Bolívar –aunque no su espíritu– fue resucitado para la política y convertido en objeto de culto por parte de los diversos *caudillos* que presidieron los múltiples Estados que él había liberado. ¿Y en la actualidad? En unos pocos párrafos de la última página de su, por otra parte, esmerado estudio, John Lynch permite que sus prejuicios afloren a la superficie:

En 1998 los venezolanos se vieron sorprendidos con la noticia de que su país había sido rebautizado como «República Bolivariana de Venezuela» mediante un decreto del presidente Hugo Chávez, que se denomina a sí mismo un «bolivariano revolucionario». Estos populistas autoritarios, neocaudillos, militaristas bolivarianos, o como quiera que se les designe, invocan a Bolívar con no menos ardor que sus predecesores en el gobierno, aunque resulta dudoso que él hubiera respondido a sus llamadas.

Esto es lo que Lynch califica como la «nueva herejía», en la que Castro es juzgado como un malhechor todavía peor que Chávez. Es digno de señalar, no obstante, que no todos los venezolanos se vieron sorprendidos por el nuevo nombre de su república, puesto que Chávez ya había propuesto en público este cambio de nombre en múltiples ocasiones. Y lo que es más importante, Chávez es un presidente electo, que ha recibido el apoyo mayoritario de los venezolanos en cinco ocasiones diferentes. Respetto a si merece la calificación de bolivariano, se trata de una cuestión de opiniones. En todo caso, en su deseo de alcanzar la unidad del continente, en su oposición al imperio actual –asimismo vislumbrado por Bolívar– y a sus tentáculos en América Latina (incluido el apoyo a tres intentos de

derrocar a Chávez), en sus apelaciones directas a todos los sudamericanos y en su popularidad en otras partes del globo, hay indiscutibles analogías.

El hecho de que Chávez sea aborrecido por la oligarquía criolla de Venezuela es algo en lo que Bolívar también podría haberle comprendido. De hecho, la incapacidad de Bolívar para llegar a los esclavos y a la población indígena fue una trágica deficiencia de su proeza, tal como correctamente expone Lynch. El hecho de que Chávez y Morales estén intentando hacerlo, y con cierto éxito, es lo que les hace impopulares entre las elites tradicionales. Lynch escribe sobre Bolívar que «no estaba sometido al liberalismo económico y nunca fue un doctrinario. De hecho, consideraba que el Estado debía asumir un papel más amplio y positivo de lo que permitía el liberalismo clásico, y a este respecto dejó patente su conciencia de los problemas concretos del subdesarrollo». Así pues, se revela cierta proximidad entre ambos, en tanto que, *mutatis mutandis*, se trata de los mismos problemas a los que se enfrenta Chávez. Y como el también historiador J. H. Elliot apunta en su crítica a este mismo libro en *The New York Review of Books*: «Tal vez haya algo de Bolívar en Chávez. Alberto Garrido, un analista político venezolano, ha descrito al presidente de Venezuela como “tácticamente pragmático, pero estratégicamente obsesivo”. Una descripción igualmente aplicable al propio *Libertador*».

Por lo demás, las opciones están claras. O bien se adopta una postura comprometida con el Consenso de Washington, o bien se intenta crear un programa completamente diferente en el que se otorgue prioridad a las necesidades humanas en lugar de a los valores del mercado. Con todos los respetos hacia Lynch, lo cierto es que la mayoría de los venezolanos y de los bolivianos opta por lo segundo. Esto no convierte automáticamente a sus líderes en «autoritarios», si comienzan a implementar el programa político por el que fueron elegidos. No cabe duda de que el motivo de este repentino y renovado interés por Bolívar se debe a la emergencia de Chávez. Si no hubiera sido por él, ¿se le hubiera encomendado a Lynch escribir una nueva biografía?